Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

70 Deleuze y Perón



Suplemento especial de
Página|12

EL DASEIN PERONISTA

LAS VIRTUDES PERONISTAS Y LA LEALTAD COMO LA PRIMERA DE ELLAS

La Lealtad es el valor supremo. ¿Cómo no habría de serlo? El peronismo es arborescente. Que nadie crea que me voy a ajustar medrosamente a lo que entienden Deleuze y Guattari por *arborescente.* Pero lo voy a aplicar al peronismo. El peronismo crece desde la raíz hasta la cima del árbol único, fundante, el que da solidez y el que establece la *verticalidad* del movimiento. Esa raíz, esa arborescencia que crece y se eleva por sobre todos los elementos de la compleja trama del movimiento, es la figura del Conductor. Lealtad y Conductor son sinónimos. El Conductor lo es porque *todos* le son leales. No es posible pertenecer al peronismo sin ser leal al Conductor. Esta lealtad tiene otras expresiones. Sobre todo la *doctrina*. Se es leal al Conductor y a la doctrina. A la vez, cada miembro del movimiento es leal a sus compañeros. Si la antítesis de la lealtad es la traición, aquel que no es leal tanto al líder como a un cuadro honesto y formado que lo es y lo es, también, a la doctrina, es un traidor. Debe ser expulsado del movimiento como una mala hierba. El mero desacuerdo con la conducción del líder es deslealtad. De aquí que el peronismo haya hecho de la *lealtad* un concepto esencial. ¡Justamente este principio fue hecho trizas por la Tendencia Revolucionaria!

En el punto (*dos*) del Capítulo VIII del manual de *Filosofía peronista*, que se ocupa de la ética, se abordan los *vicios* y las *virtudes*. Si algún apresurado o algún partidario de las lecturas fáciles que ignoren los fundamentos de las cosas y se refieran sólo a lo que se ve en la superficie se fastidia porque acudimos a los libros fundacionales del Movimiento, bueno, o se resigna y sigue leyendo y aprende de paso cómo se hace una investigación o larga todo y se va leer algún manualcito veloz que enseña todo en –a lo sumo– 90 páginas. A joderse, amigos: aquí, eso no va. Nos vamos a concentrar en ese texto polvoriento. Que, sin embargo, se ha editado recientemente por CS Ediciones, bajo el título correcto de la primera edición de la Editorial Mundo Peronista de 1954: *Filosofía peronista.* Lamentablemente los de CS le adjudican el texto a Perón. ¡Vamos, señores, un poco de seriedad! ¿Quién creen que era Perón? ¿Georges Simenon, que escribió más de 200 novelas de su personaje, el detective Maigret? Estos mamotretos neotomistas, más cerca de las efusiones católico-autoritarias que del populismo distribucionista, surgían de la pluma de Nimio de Anquín o de Raúl Mende, un inefable del régimen. Carlos Astrada nada tenía que ver con esto. Creo que tantas vírgenes, santos religiosos de la Orden Franciscana y apelaciones a las grandes virtudes lo habrían enfermado. Por ahí también andaba el padre Ismael Quiles, para quien Jean-Paul Sartre era el Maligno escribiendo sus textos demoníacos en el Café de Flore y pervirtiendo jóvenes en las caves parisienses.

¿Qué es la *lealtad* para el manual de *Filosofía peronista*? Figura en el capítulo de "Las Virtudes y los Vicios". Figura entre las virtudes. Caramba, ¿cómo no va a ser una virtud ser leal a Perón? Se lee en *Filosofía peronista*: "Nuestra ética entronca con la corriente viva de la ética popular que siempre guardó en lo más profundo de sí las enseñanzas de Cristo" (*Filosofía peronista*, Editorial Mundo Peronista, Buenos Aires, 1954, p. 203). La *Filosofía peronista* aclara que el fundamento de todas las virtudes está en la práctica de los trabajadores peronistas. "El trabajo es la fuente de las virtudes, así como la holganza es la fuente de los vicios". Frase un tanto transitada. Ya Walt Disney (en el cartoon que narra la historia madre de todas las historias del capitalismo: la del *Chanchito Práctico*) exhibía cómo la laboriosidad de Práctico lo salvaba del *Big Bad Wolf,* en tanto la holganza de los otros dos chanchitos los condenaba a la fácil tarea de los colmillos del malvado. ¿Qué representa en la alegoría el *Big Bad Wolf*? La pobreza, la imposibilidad del progreso, la pérdida del capital invertido en construir la casa en que cada uno habría de protegerse, a todo eso condena la pereza a los dos alegres chanchitos, juguetones e improductivos. Por fin, guiados por Práctico (quien construye su morada con cemento y con ladrillos y... con esfuerzo) todos se refugian en el ámbito de la seguridad capitalista. La pobreza o la crisis sopla y sopla y sopla y la casa no se derrumba. El capitalismo de Práctico ha sido construido sobre *bases sólidas*. Esas bases sólidas han sido fruto de su trabajo y de su desdén por la holganza. Entonces: la primera virtud es la del *trabajo*. Luego vienen las otras: *humildad*, *dignidad, modestia, sinceridad, generosidad, desinterés, solidaridad* y... *lealtad*. El manual de *Filosofía peronista* dice: (Pero antes: pido por favor lean todo esto atentamente. Los militantes de los '70 solían despreciar estos textos como basura del pasado. *El peronismo había ido mucho más allá.* Si mal no recuerdo fue Roberto Carri el que, en uno de sus textos, decía, desdeñosamente: "Hay quienes buscan la identidad del peronismo en viejos libros de Raúl Mende". Tenía –desde el punto epocal en que estaba plantado– motivos para decir eso. Ningún militante de los '70 habría leído a Mende ni había olido siquiera el manual de *Filosofía peronista*. ¿Qué había que leer? Lo sabemos de sobra. Los textos de la actualización doctrinaria. *Ninguno de esos textos había sido obra del peronismo*. Salvo que se considere como tales los de Cooke, o los de la *Correspondencia Perón-Cooke* o las cartas que Perón enviaba a la juventud. "Ha muerto el mejor de los nuestros" (frase comprensible sólo desde la coyuntura en que Perón la dice: cuando muere el Che, pero totalmente infundada desde los valores que siempre manejó el justicialismo). Para la etapa de *aggiornamento* del peronismo no había textos. De aquí que Solanas y Getino marchen a Madrid para que Perón produzca uno. Con los resultados que vimos: Perón permanece fiel a sí mismo y es poco lo que concede a sus fragorosos jóvenes. ¡Pudo más el milico de alma que el manipulador político y conceptual! De modo que sigamos). Decíamos: el manual de *Filosofía peronista* dice: "De acuerdo con el concepto clásico, lealtad, significa cumplimiento de lo que exigen las leyes de la fidelidad y del honor". Queda claro: *La fidelidad es la vehiculación del honor. El que no es fiel no es honorable. No ser fiel es un des-honor*.

LA LEALTAD Y LA ERRANCIA

"Un hombre leal es un hombre en quien se puede confiar ciegamente; de ahí que esta virtud sea fundamental para nuestro movimiento (...). Para cualquier acción es necesario contar con la lealtad del compañero, porque *el que no es leal es traidor,* y con los traidores no se puede ir a ninguna parte" (*Filosofía peronista*, *Ibid*., p. 209, cursivas nuestras). Se insiste en la *fundamentalidad* de este concepto. Es el *Grund* absoluto. Es la *Heimat* del peronismo. Recurro a estos alemanazgos heideggerianos porque quiero señalar que en el peronismo tienen la misma función de anti-errancia que en el autor de *Introducción a la metafísica*. El *Grund* es el fundamento último al que todo debe ser remitido. Heidegger (que tiene y plantea serios conflictos con la idea de "fundamento") no lo hace, sin embargo, cuando habla de la *Heimat*, que es la *patria*. Y hasta –más precisamente– la *Heimat Liebe*, que, más que el vulgar "amor a la patria", es, para el

Maestro de Alemania, "el amor al terruño". ¿Qué implica "el amor al terruño"? La antítesis de la "errancia". En la "errancia" el Dasein inauténtico se deriva de un lado a otro llevado frecuentemente por la "avidez de novedades" (*Nota*: se trata, además, de una reflexión de base nacionalsocialista y claramente antisemita de Heidegger. ¿Quién era, en la Historia, "el errante" por excelencia? El judío. Hasta hay una novela del mediocre novelista francés Eugène Sue –1803-1857. Influido por Victor Hugo, escribió, además de la que citaremos, otra novela que fue un best seller poderoso en su tiempo: *Los misterios de París*– llamada *El judío errante*. Pero el buen alemán es el hombre de la *Heimat Liebe*, del amor al terruño. Y no se deriva. *Se afinca en el terruño. Se afinca en la autenticidad*. El judío, en cambio, vive en el modo de la "errancia", va de un lado a otro y no se afinca en ninguna parte. Vea, maestro Heidegger, esta habitualidad se les ha curado a los judíos. Desde que tienen un Estado, y sobre todo un Estado poderoso que –además– cuenta con el respaldo del Imperio bélico más omnipotente, vigoroso y destructivo de la historia de la humanidad, no se dedican ya a la errancia. Se hacen fuertes en el poderío de su Estado y desde él miran el mundo. Cuando los perseguidos –y pensemos ahora en la historia universal– logran el poder, algo les pasa. Por ejemplo: antes de que los Evangelios se escribieran, antes de la intensa acción misionera de Pablo, la vida cristiana tuvo una existencia religiosa profunda, humilde, auténtica que, a menudo, sufrió tenaces, crueles persecuciones. Luego (y en esto Heidegger, a quien seguimos, sigue a Nietzsche) el cristianismo se transforma en "la manifestación histórica, profana y política de la Iglesia y su ansia de poder dentro de la configuración de la humanidad occidental y su cultura moderna" (Martin Heidegger, *Caminos de bosque*, Alianza, Madrid, 1995, p. 199.) Esa Iglesia del cristianismo estatal es la Iglesia cuyo desmedido Estado es el Vaticano. Esta Iglesia, antes que con la fe, tiene que ver con el poder. Los cristianos ya no son humildes ni perseguidos. Su Iglesia tiene la jactancia (totalmente discutible) de encarnar la palabra de Dios y, al hacerlo, se siente autorizada y hasta obligada a castigar a quienes no la encarnan o, peor aún, la rechazan o la ofenden, la vejan. Nace así el autoritarismo inquisitorial. De perseguidos a tenaces, mortales perseguidores. ¿Pablo, el santo misionero, ha desembocado en Torquemada? ¿Qué dialéctica es ésta? Ninguna, porque no hay necesariedad dialéctica en la Historia. Hay constantes, persistencias. *En ningún hecho están contenidos en-sí los que vendrán*, como creía Hegel. Desde el acontecimiento-Torquemada pueden rastrearse hacia atrás una serie de hechos (que sufrieron los ataques del azar, pero se produjeron de igual modo) hacia la acción misionera del santo pastor Pablo. Ahora, la Ecclesia es poder. Ahora, la Ecclesia es el Estado Vaticano. Ahora, la Ecclesia persigue. Castiga. Levanta hogueras en las que quema vivos a los infieles. ¿Qué ha permanecido de la sencilla fe de los orígenes? Nada. Los Evangelios son un Dogma de Terror. Un Dogma que condena. Algo similar (similar, no igual: *nada es igual en la historia*; ni siquiera es cierta la famosa frase de Marx sobre los hechos que se producen una vez como tragedia y otra como comedia, es sólo ingeniosa y ya sería hora de dejar de invocarla tan asiduamente para cualquier tema que se aborde) sucede desde hace tiempo con los judíos. Luego de una lucha de liberación nacional contra el Imperio británico (notablemente narrada no hace mucho en este diario por Horacio González), consiguen su Estado. Rodeados de enemigos implacables que sólo parecen desear su destrucción, ese Estado decide encarnar los intereses de Estados Unidos en Oriente Medio. Construye, de este modo, un Estado bélico. Ya no hay errancia. El judío ha conquistado su *espacio* en la Historia. Es el de su Estado. El Estado es su espacio y con ese Estado defenderá ese espacio. No hay una patria, hay un Estado. O, si se prefiere, patria y Estado se identifican. No podía ser de otro modo. Al carecer durante siglos de una patria, una vez que se la consigue la obsesión de defenderla es inevitable. O defendemos esta patria que tenemos o Auschwitz otra vez asoma en el horizonte de la judeidad. ¿Cómo se defiende esa patria? Con un Estado poderoso con poderosos aliados. Al requerir, esa patria, de su feroz defensa para asegurar su existencia, se identifica con el aparato creado para defenderla: el Estado. Así las cosas, la *patria* y el *Estado* son lo mismo para los judíos y una no se concibe sin el otro. En marzo de 2009, ahora, asume la cancillería israelí Avigdor Lieberman, un hombre que ha construido su campaña electoral atizando el odio entre judíos y musulmanes. La ultraderecha se adueña de Israel. No debería aclarar nada de lo que me dispongo a aclarar a causa de los odios que encienden reflexiones como éstas: rechazo todo lo que haga Hamas porque estoy contra todo terrorismo, considero asesinos simbólicos a los que niegan el Holocausto, entiendo el miedo israelí a otra masacre como la sufrida. Pero nada de esto justifica la derechización de un Estado bélico que ya está demasiado a la derecha. El racismo israelí es tan condenable como cualquier otro. Avigdor Lieberman es un inquisidor. Y aun más temible: tiene más poder. El Holocausto judío no puede justificar las matanzas del Estado Israelí. Y digo esto con gran dolor: muchos dedicamos años de nuestras vidas a reflexionar sobre el Holocausto. Leímos a Paul Celan, a Jean Améry, a Primo Levy, a Benjamin, a Adorno, leímos las premoniciones de Franz Kafka (*La colonia penitenciaria*, *El proceso*), vimos todas las grandes películas que se hicieron sobre ese acontecimiento axial de la historia humana, pero no podemos aceptar que esa historia cuya única enseñanza debe ser la sacralización de la vida humana sirva de trasfondo a la acciones de un Estado que dice a los suyos: "Nuestra violencia es para que no vuelva a sucedernos lo que nos sucedió". El paralelismo entre los cristianos perseguidos y martirizados de los primeros tiempos de esa fe y los judíos sometidos –luego de siglos de variadas persecuciones– al horror de la Shoá es claro. También lo es el camino que encontraron para terminar con sus padecimientos. Un Estado desde el que defenderse y desde el que atacar a los que consideren que los atacan. Termina aquí esta larga nota. Seguimos con el texto central.) La "avidez de novedades" es, en el peronismo, la antítesis de la *lealtad*. También lo es la *errancia*. Ser leal es no errar. No ir de un lado a otro. Ser fiel siempre a lo mismo. Al terruño que se ama. En este caso: el terruño que se ama es el movimiento peronista y aquello a lo que hay que ser leal es al conductor de ese movimiento. Sólo así no habrá "errancia". Todos en la misma lucha, en la misma organización, bajo la misma conducción. *Filosofía peronista* termina el parágrafo dedicado a la lealtad citando (como correspondía) a Perón: "La lealtad –lo ha expresado el general Perón– es la base de la acción; lealtad del que dirige, lealtad del grupo hacia sus dirigentes" (*Filosofía peronista*, Ibid., p. 209).

EL PRINCIPIO DE LA VERTICALIDAD

La jornada fundacional del peronismo lleva el nombre de *Lealtad*. Es el 17 de octubre y es el Día de la Lealtad porque, en ese día, el pue-

blo salió a rescatar a Perón. Cada año, ritualmente, ese día se recrea, se celebra, se vuelve a vivir. "Cada año (dice Eva Perón en *La razón de mi vida*) él (Perón) pregunta a su pueblo si está satisfecho con el Gobierno. Cuando millares y millares de voces responden que sí, se estremece toda la Plaza de Mayo y puedo afirmar que ese estremecimiento, que viene de tantas almas, sacude violentamente mi corazón." A su vez, un ministro del Gobierno que tenía aspiraciones de teórico escribe: "Lo interesante es que la verdad justicialista está siendo realizada por un hombre y por un pueblo. Por un hombre que logró interpretar el sentir común de su pueblo. Y por un pueblo que se jugó entero en defensa de aquel hombre entendiendo que se jugaba su propia vida (...) El hombre se llama Perón. El pueblo humilde, heroico y leal de los 'descamisados' argentinos" (Raúl Mende, *El justicialismo, doctrina y realidad peronista*, Ediciones Mundo Peronista, Buenos Aires, 1952, p. 87). Mende está tramado por su catolicismo, por su fe sin fisuras y expone con firmeza que eso –eso que está en él– es el justicialismo: "*Ningún gobernante de la Tierra ha elaborado una doctrina política tan ajustada a la auténtica realidad del evangelio de Cristo*" (Raúl Mende, *Tercera posición: justicialismo*, Editorial Castellvi, Santa Fe, 1948, p. 139).

En resumen: *¿qué papel juega la lealtad dentro de la estructura justicialista?* Lo dijimos: sin lealtad no hay justicialismo. Con una justeza impecable se lo dice Juan Manuel Abal Medina a Rucci durante esa agitada jornada del Congreso Justicialista. Rucci no lo quiere a Cámpora de candidato. Pero choca con un gran problema: Perón sí. Esta realidad es la que, en el bar de la calle Charcas, Abal Medina le pone sobre la mesa: "A Cámpora lo puso Perón. Y en el Movimiento lo que rige es el *principio de verticalidad*. Sin *principio de verticalidad* no hay Movimiento". Formidable. La frase del joven Secretario General dice más que todos los libritos de Mende sobre los fundamentos del peronismo. "Sin principio de verticalidad no hay Movimiento." La verticalidad, para sostenerse, exige una virtud moral: la lealtad. Para que haya Movimiento Peronista tiene que haber verticalidad. Para que haya verticalidad *todos* tienen que ser leales a Perón. Entonces, ¿qué tenemos? Tenemos derecho a meterlo en todo esto a alguien que jamás pensó estar aquí, en medio de estas pampas turbulentas, de estos políticos calzados, todos a punto de acribillarse. Tenemos a Gilles Deleuze. Junto a Félix Guattari ha establecido un par de conceptos útiles para estas cuestiones de la política. Los usé mucho durante los días de fines del 2001, comienzos del 2002. Esos días de la democracia directa, de las asambleas populares, eso que los Montoneros pretendían implementar el 1º de mayo de 1974. Cuando veamos bien qué es una asamblea popular comprenderemos el disparate que le estaban exigiendo a Perón, el líder que encarnaba la más pura verticalidad.

Nadie crea que recurro a Deleuze (siempre unido a Guattari, a quien, en rigor, prefiero) como al Saber del "genio filosófico" de la Francia, algo así como hacían Echeverría y Sarmiento. Creo que se trata de un francés más. Que poco agrega a lo que ya ha dicho Foucault y menos a lo que dijo el maestro oculto o inocultable de la French Theory: Martin Heidegger. Hay más ingenio que genio. Y, sobre todo, esa envidiable capacidad para unir dos o tres palabras y crear algo semejante a un concepto nuevo. Siempre me sentí incapaz de hacerlo o me dio un pudor que me impidió ir más allá. Pero ser filósofo implica inventar tantas fórmulas que, en cierto momento, alguien deberá hacer un *Vocabulario de Gilles Deleuze* o de Foucault o de Derrida. Es una tradición europea. Todos, absolutamente todos, inventaron un vocabulario. Roban, además, sin pudor. Nosotros, los pensadores de los márgenes, vivimos citando a los del *sitio-núcleo*. ¿Qué les parece? Inventé algo. El concepto de sitio-núcleo se referiría a esos lugares de las sociedades opulentas en que el núcleo del poder está situado. Hay otras sociedades que no tienen ese poder, ese aparato bélico y financiero. No ocupan el sitio-núcleo. Ocuparían el sitio-orilla. El sitio-margen. El sitio-subalterno. El sitio-suburbio. Ya está: me ha llevado años pero tal vez estoy aprendiendo. Algún europeo –dentro de 30 o 40 años, esté yo o no en este mundo– podrá hacer un vocabulario de mis invenciones conceptuales. Decía que los europeos roban sin pudor. No citan. Nosotros –los pensadores del sitio-orilla– nos morimos por las citas porque queremos mostrar que somos cultos, que hemos leído mucho y tenemos, entonces, derecho a decir algo. Ellos no necesitan citar. No hay casi citas en Lacan. Conozco a un par de personas que han emprendido la tarea de buscar en sus textos todas las citas que el maestro no confiesa y hacer una especie de *Manual de citas no confesadas de Jacques Lacan*. Sería también interesante averiguar cuánto de Foucault hay en Deleuze. Cuánto de Heidegger en Derrida. Por ejemplo: en la tapa de un buen libro sobre Deleuze (que seguramente no será tomado muy en serio por los académicos a causa de estar en la colección "Para Principiantes") se lee la frase "No deseamos algo: deseamos desear". Sí, Deleuze utiliza esa frase –que parece compleja pero no lo es– pero está tomada de Hegel (del capítulo de la autoconciencia en la *Fenomenología del espíritu*) y de Kojéve, que leyó a Hegel en clave fenomenológica. ¿No es evidente que, para existir, mi deseo tiene, ante todo, que desearse a sí mismo? También es cierto que el deseo se descubre deseando. O se ejercita deseando. Pero lo primero es desear mi deseo. En Hegel, el que no muere de los dos contendores es ése en que el deseo de su deseo es más fuerte que su miedo a morir. En suma, esa frase no es de Deleuze. O, al menos, incluye a Deleuze en una tradición en la que todo el pensamiento francés está incluido: la lectura que Kojéve hizo de Hegel. Lacan tomó casi todo de ahí. Conmigo pueden estar tranquilos en ciertas cosas. Ya habrán advertido que no recurro a Lacan ni a la lingüística ni a la semiología. Mal podría hacerlo cuando lamento que pensadores tan, pero tan valiosos como Ernesto Laclau o Jorge Aleman lo hagan con insistencia, casi con intensidad. Eso los torna herméticos. Pues Lacan a la jerga de Heidegger añadió la suya y lo que dice siempre se puede decir de otra manera, se puede escribir mejor, sin apelar a fórmulas para iniciados que dificultan una lectura necesaria en tiempos en que es necesario como pocas veces entender el mundo.

LO "ARBORESCENTE" (EL ÁRBOL-FALO) ENCUENTRA SU UNIDAD EN LA CONCRETA, PROPIA Y PRIVILEGIADA PIJA DEL GENERAL

Tomemos dos conceptos de Deleuze. Uno es el de *rizoma*. El otro es el *arborescente*. Los tomamos para analizar cómo Deleuze concibe la política –como representante, digamos, de las más recientes generaciones francesas de pensadores– de un modo que sería imposible pensar al peronismo. El tema se desarrolla en el libro que lleva por título *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*. Se trata de un intento conjunto de Deleuze y Guattari, con frecuencia divertido porque los autores se toman muchas libertades respecto de la estructura del ensayo tradicional. No obstante, a lo largo de dilatados trayectos, la escritura cae en los terrenos insalvables de lo plúmbeo. Se nota ya la tendencia de reducir el libro (que es de 1980) a su célebre *Introducción*, comprensible y amable: *rizoma*. A tal punto, que la editorial española que dio a luz *Mil mesetas...* en mayo de 1988 publica en 2005 un opúsculo de 57 páginas bajo el título de *Rizoma*. Con lo que dice: "Si no tienen ganas de transitarse todo *Mil mesetas...* aquí les ofrecemos la *Introducción*, que desarrolla los dos conceptos de los que todos hablan, de modo que usted no quede pagando en el bar cuando algún salame pretencioso se despacha con eso de estructura arborescente o rizoma. Con sólo 57 páginas usted puede no ser un burro y conservar a sus amigos". Nosotros, sin embargo, no acudimos a estos conceptos de Deleuze y Guattari para lucir de cultos (en verdad, ya no dan tanto lustre) sino para entender mejor la estructura del peronismo. *Su estructura organizativa*. Ofreceremos ya las correspondientes citas de los autores. Hay una muy valiosa sobre el psicoanálisis que nos reservamos. Pero no del todo. D. y G. escriben: "El psicoanálisis somete al inconsciente a estructuras arborescentes, a grafos jerárquicos, a memorias recapituladoras, a órganos centrales, falo, árbol-falo" (Deleuze y Guattari, *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Valencia, 2002, p. 22). Y luego, esta delicia: "Tanto en el psicoanálisis como en su objeto siempre hay un general, un jefe (el general Freud)" (D. y G., Ibid., p. 22). El general Freud establece una figura arborescente. Toda estructura arborescente es una figura fálica. Vimos que D. y G. acusan al psicoanálisis de someter al inconsciente a estructuras arborescentes: falo, árbol-falo. Freud es la rama más alta de la aborescencia. Todo remite a la autoridad suprema del general Freud. En el peronismo –por medio de la *lealtad*, que es la figura arborescente por excelencia– todo remite al general Perón. También la rama más alta de la arborescencia. Esa arborescencia es la raíz más profunda del movimiento y, a la vez, la más alta, la que sobresale sobre todas. Los rizomas son distintos. Su figura la toman D. y G. de la botánica. El rizoma es subterráneo. Es un tallo subterráneo. Pero lo importante es esto: nadie puede determinar su centro. El rizoma no tiene centro. El tronco arborescente ejerce autoridad, manda sobre los otros. Todo, en el esquema arborescente, conduce a su raíz. Esa raíz es su base, su *Grund*, su fundamento. Desde ese sólido fundamento es que ha penetrado la tierra para ser tan sólido como indestructible. Tanto el general Freud como el general Perón ejercen su liderazgo. El rizoma es horizontal y democrático. El esquema arborescente es vertical y autoritario. En el rizoma no hay jerarquías. En la arborescencia, sí. Rige ahí y ahí se fundamenta el principio de la jefatura. En suma, y para terminar por hoy, Perón es la estructura arborescente del Movimiento. Nos queda por ver cómo funciona el rizoma en el peronismo. ¿Funciona? Estas cosas las discutimos mucho durante las Asambleas Populares del 2001/2002, cuando los vecinos dijeron el célebre *Que se vayan todos*. Pero el rizoma se expresa en la democracia directa. ¿Había democracia directa en alguna de las tantas formas del peronismo? Dejemos la pregunta por ahora. Digamos: no sabemos aún la relación entre rizoma y peronismo. Pero sabemos que el esquema arborescente se expresa por medio de órganos centrales: falo, árbol-falo. De modo que si Juan Perón conduce el Movimiento Peronista es porque en él se encarna, porque él, sin más, *es* la figura arborescente. Y todo punto, todo elemento que quiera pertenecer al Movimiento, tiene que remitir a su raíz y buscar crecer desde ahí. Nunca crecerá hasta la altura del esquema arborescente. Que ni se le ocurra. Lo arborescente crece desde la raíz, atraviesa todo el movimiento, lo trasciende, sale de él y desde allí realiza su totalización. En suma (y acudiendo a un lenguaje pagano al que ya están ustedes acostumbrados) nos permitiremos decir, para aclarar todo esto por completo, que si Perón es el árbol-falo del Movimiento es porque todos aceptan que el Movimiento es falo-céntrico, es decir, que encuentra su unidad en la concreta, individual, propia y privilegiada pija del general. De modo que cuando la Tendencia Revolucionaria exige *Conducción, conducción/ Montoneros y Perón* ignora el disparate teórico que está proponiendo. Un Movimiento como el peronista, mientas viva Perón, no se conduce con dos falos arborescentes. Los Montoneros querían unir su pija a la de Perón. Absurdo total. Porque Perón, además (y espero que ustedes recuerden esta expresión tan genuinamente popular) de ser la pija del Movimiento, era, para todo el pueblo que lo seguía, "el más pija de todos".

Colaboración:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Cercanías de Ezeiza